

RAMÓN ROSAL CORTÉS

Naufragio y rescate de un proyecto vital

Testimonio de un
ex cura-del-Opus-Dei

editorial
MILENIO

La intención del autor es ofrecer aquí reflexiones, críticas y a la vez respetuosas, sobre el Opus Dei. Tal como explica detalladamente en este escrito, tuvo que reconocer que muchos puntos de la praxis de la institución no se armonizaban –y a veces, incluso, se contradecían– con las ideas-madre con las que se definía el proyecto inicial (supuestamente de inspiración divina) y que llegaba a suscitar interés, simpatía y atracción a muchas personas. Por otra parte, en su caso, la institución no podrá atribuir la decisión que tomó de abandonar el Opus Dei a una crisis en la vivencia de la fe cristiana, o en su vinculación a la Iglesia, o en su capacidad para mantener compromisos ascéticos como el del celibato sacerdotal, entre otros. Su fe en el origen divino del mensaje de Jesucristo y su adhesión a la Iglesia, no sólo no han quedado perjudicadas sino, al contrario, fortalecidas después de su ruptura con el Opus Dei. Lo peculiar de esta nueva aportación a la reflexión crítica sobre el Opus Dei se puede resumir en tres puntos: Implica un decidido esfuerzo por evitar un enfoque maniqueo en el que sólo se destaquen errores o se silencien aciertos. Es el primer libro escrito por alguien que fue, además de miembro laico, también sacerdote. Y no está escrito bajo el influjo emocional de una crisis y desvinculación reciente, sino con la serenidad que puede facilitar la distancia de 36 años tras su ruptura. El autor, dando por acabada la etapa de su vida centrada, respecto a lo intelectual, en publicaciones sólo psicoterapéuticas, en los últimos años ha podido recuperar su dedicación a la reflexión teológica, filosófica (ética) y psicológico-existencial sobre el sentido de la vida. La presente obra es una muestra de ello, como también los tres volúmenes de su libro *Mis convicciones cristianas explicadas a mis amigos no cristianos*.



Ramón Rosal Cortés (Barcelona 1932) supo a los 4 años que su padre fue asesinado a los 33 años por el Frente Popular y, a los 7, que un tío suyo fue fusilado por el gobierno franquista, por tener carnet del PSOE. A los 18 años fue esbozándose en él un proyecto vital que incluía: profundizar en el conocimiento del ser humano a través de la antropología y psicología filosóficas, contribuir a la disminución del sufrimiento por causas psicológicas o de injusticias sociales, cultivar el diálogo con personas ajenas a la fe cristiana y colaborar en la evangelización del mundo intelectual. En esa misma edad, en 1950, ingresó en el Opus Dei, donde permaneció 23 años: 5 como laico y 18 como sacerdote. Esta decisión la percibió, posteriormente, como el principal error de su vida, y la causa del “naufragio” de su proyecto vital. En 1978, a los 46 años –cinco después de su desvinculación del Opus Dei– fundó, junto con Ana Gimeno-Bayón, el Instituto Erich Fromm de Psicología Humanista, dedicado a la investigación, formación de postgrado, supervisión y práctica de psicoterapia. Asimismo elaboró con Ana Gimeno-Bayón un modelo terapéutico que denominaron “Psicoterapia Integradora Humanista”. Ha publicado seis libros que versan sobre las psicoterapias experienciales humanistas y sobre el modelo terapéutico creado por ellos. El Instituto Erich Fromm, con su equipo de colaboradores, ha constituido el ámbito social principal para rescatar parcialmente su proyecto vital. También se ha implicado en investigar la problemática psicológica de los inmigrantes, como cofundador de la Asociación Oasis de ayuda psicológica al inmigrante, y en la Fundación que lleva su nombre.

RAMÓN ROSAL CORTÉS

Naufragio y rescate de un proyecto vital

Testimonio de un ex cura-del-Opus Dei

Prólogo de
Jacinto CHOZA

editorial
MILENIO
LLEIDA, 2013

© del texto: Ramón Rosal Cortés, 2009
© del prólogo: Jacinto Choza Armenta, 2010
© de la edición impresa: Editorial Milenio, 2010
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com
Primera edición: abril de 2010
DL L 392-2010
ISBN: 978-84-9743-380-8
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

Printed in Spain

© de la edición digital: Milenio Publicaciones, SL, 2013
www.edmilenio.com
Primera edición digital (pdf): abril de 2013
ISBN (pdf): 978-84-9743-529-1

Conversión digital: Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

Hay libros que constituyen un testimonio personal y al mismo tiempo histórico, de relevancia para miles de personas que vivieron épocas angustiosas. En ese grupo se pueden situar *Descargo de conciencia* de Pedro Laín Entralgo, en el que el autor relata su compromiso con el fascismo, primero, y su abandono, después, *Autobiografía de Federico Sánchez* de Jorge Semprún, donde da cuenta de su vinculación con el Partido Comunista de España primero y de su salida del partido después, o *Mira por dónde*, de Fernando Savater, donde se da cuenta de la evolución existencial personal y de la evolución histórica de un periodo de la España contemporánea.

El libro de Ramón Rosal tiene características similares a los anteriores, en relación con la Iglesia católica y el Opus Dei a lo largo del siglo xx. Es un libro que complementa los anteriores, porque la Iglesia católica y el Opus Dei son instituciones que han jugado en España un papel tan relevante como el fascismo, el comunismo o el constitucionalismo democrático, y porque esos movimientos ofrecen desde algunas biografías personales una perspectiva en la que se muestran rasgos que de otra manera pasan ocultos.

Por otra parte, Laín, Semprún, Rosal y Savater, son intelectuales creadores, promotores de empresas intelectuales, muy atentos a la vida de la comunidad y con un vivo sentido de la responsabilidad hacia ella. Son personas que se han jugado la vida por sus ideas, lo cual ya dice bastante de la personalidad de todos ellos, y que por fortuna la han conservado hasta una vejez muy fructífera.

Ramón Rosal Cortés pertenece a unas familias colombiana (materna) y catalana (paterna), de tradiciones políticas muy diversas, lo cual le lleva a estar muy familiarizado desde niño con el pluralismo político, la tolerancia, la apertura y el diálogo, y con el dolor de la muerte y las represalias por motivos políticos, por parte de los diversos contendientes en la guerra civil española.

Esas familias, además de sus tradiciones políticas, destacaban por sus trayectorias empresariales y creativas, y por su desahogada posición económica. La abuela materna –catalana casada con un colombiano– era prima hermana de Carrasco i Formiguera, el fundador de Unió Democràtica de Catalunya. No es ese el periodo histórico mejor documentado en el presente texto, pues sólo se hacen breves alusiones, pero son suficientes para situar el relato en su contexto histórico. Por lo demás, el objetivo principal de Ramón al escribir su libro no es de índole política-histórica como el de los otros citados, sino psicológica-religiosa.

Por lo que se refiere al propio Ramón Rosal hay que decir que tiene personalidad de intelectual, artista, empresario, psicólogo-psicoterapeuta y misionero, y que ha vivido de un modo intensamente reflexivo y autoconsciente todas esas dimensiones de su carácter. La mayor parte de esos rasgos de carácter se fusionan en el “proyecto de vida” que él albergaba en su intimidad desde niño, con un grado de conciencia reflexiva cada vez mayor, y por referencia al cual podía calibrar el grado de satisfacción que su vida real le proporcionaba.

Ese proyecto de vida tenía como objetivo fundamental aliviar el dolor y el sufrimiento humano, y aunque no estaba concretado a una tarea médica, sacerdotal o educativa, sí que implicaba desde el principio una buena formación intelectual, humanística y científica, estaba regulado por un talante empresarial que lo dotaba de realismo, y estaba modulado por una sensibilidad artística y estética que le llevaba a descartar todo lo que pudiera resultar chabacano o de mal gusto.

Con este bagaje temperamental, cultural y familiar se encontró con el Opus Dei en 1950 en el Colegio Mayor Monterols, en Barcelona. Quedó muy favorablemente impresionado por el nivel intelectual y personal de algunos de los universitarios que encontró (Raimundo Panikkar, Antonio Pérez, Jesús Arellano y Álvaro d’Ors, entre otros) y por el tipo de ideales religiosos que le mostraron entonces. El ideal de un cristianismo radical (santificación) en medio del mundo, en el ejercicio de las tareas profesionales, una espiritualidad profunda, la atención a los demás. Eran factores que concordaban bien con su proyecto de vida.

En 1950 el Opus Dei aparecía en el contexto de la Iglesia católica y de la cultura española como una vanguardia del cristianismo que asumía en su seno los valores laicos más apreciados y popularizados por la Institución Libre de Enseñanza y por algunos otros movimientos religiosos como la Acción Católica Nacional de Propagandistas.

Ramón decidió por su propia iniciativa vincularse al Opus Dei en 1950 y decidió también iniciar los estudios universitarios de Fi-

lososfía y Letras y Derecho en la Universidad de Barcelona, dejando al margen los de Ciencias Políticas y Ciencias Exactas, a los que también se sentía inclinado.

Desde el comienzo de su vinculación a la institución, empezó a experimentar, junto al bienestar de profundizar en la espiritualidad cristiana y en la disposición a la entrega a Dios, las frustraciones que provenían de la disciplina y las disposiciones de los directores. No poder tener ningún trato con mujeres, trato mediante el cual Ramón entraba en un universo más delicado y gratuito, más lúdico e intuitivo, que el de los amigos y compañeros, y que le resultaba sumamente atractivo y agradable. No poder dedicar tiempo a algunas tareas de ocio y cultivo del espíritu. Dejar el curso a la mitad y marchar al centro de estudios de Zaragoza, en el Colegio Mayor Miraflores, para recibir la formación filosófica y teológica interna. No poder recibir esa formación más que en términos apresurados y precarios, cuando hubiera deseado más profundidad y sosiego.

Ramón somatizó esas y otras frustraciones en términos de una tuberculosis que le mantuvo en cama casi un año. Después volvió a Barcelona y ya en 1953 marchó al Colegio Romano, donde sus frustraciones aumentaron.

Seguía encontrándose bien en la apertura íntima a Dios, y con disponibilidad para el sacerdocio. Y también en la ordenación sacerdotal en 1955 y en las tareas propias de ese nuevo estado. Pero habían aumentado las frustraciones. Se había sentido defraudado por la rapidez y superficialidad con que había realizado los estudios filosóficos y teológicos. Defraudado por el modo en que se había visto forzado a realizar trabajos de vigilancia de obreros, que en realidad no tenían ningún sentido. Defraudado por la imposibilidad de disfrutar del arte y de la cultura de Roma, de un conocimiento elemental de la ciudad, por la cantidad de tareas que se le encomendaban. Defraudado por la figura de Escrivá, que le parecía un hombre más bien tosco, con modales un poco burdos y excesivamente autoritario y conservador. Por ejemplo, le desagradó mucho que les contara que había mandado a Panikkar a la India “por hacer el indio”.

En esa situación accedió a la ordenación sacerdotal y accedió a desarrollar su labor en el primer destino que tuvo, Sevilla.

Andalucía fue para Ramón un descubrimiento. Sevilla, Córdoba y Cádiz fueron las ciudades que vivió y las provincias cuyas carreteras recorrió. Desarrolló una actividad pastoral, de tipo cultural y también asistencial, abierta a personas de actitudes y ámbitos muy diversos, propias de un sacerdocio muy plural y pluralista, y encontraba en el trabajo una especie de anestesia frente a las frustraciones que

una y otra vez experimentaba. Comprobaba que era difícil recibir el visto bueno al proponer iniciativas pastorales suyas, cuando no tenían un rendimiento de beneficio inmediato para la Obra.

A partir de entonces el desengaño respecto del fundador del Opus Dei y respecto de la Institución misma, empieza desarrollarse en su intimidad en confrontación con su antiguo “proyecto de vida”, y a mostrarse como aquello que frustra por completo su proyecto de vida y por tanto su propia razón de ser como persona. Es decir, en los años 60 Ramón aprende que el camino existencial que ha emprendido le lleva a renunciar a ser sí mismo, y a partir de 1970 es cada vez más consciente que esa imposibilidad de ser sí mismo, tal como la experimenta, le llevará al trastorno mental.

En 1973 se produce la desvinculación de Ramón Rosal de la Institución Opus Dei. ¿Por qué tardó tanto tiempo si desde comienzos de los 60 empezó a percibir la imposibilidad de realizar su proyecto de vida, de ser sí mismo, en el contexto y en el medio del Opus Dei?

Porque, aunque había visto la marcha de la Obra de tantas personas tan excepcionales y que para él constituían puntos de referencia existenciales, como Antonio Pérez, Ramón Cercós, Paola Arnaldo, Ramón Massó, Miguel Ángel Ximénez de Embún, Patricio Peñalver, y muchos otros, compartía empeño con otras muchas que también eran personas muy valiosas y entrañables, como Jesús Arellano, José María Prieto, José María Martínez Doral, Joaquín Herrero, y muchos otros. Y porque Andalucía era un medio cultural que hacía amable el sistema más estricto y la normativa más dura, de tal manera que visto con ojos andaluces el Opus Dei podía parecerle tolerable durante más tiempo del que le hubiera parecido con ojos castellanos, aragoneses o catalanes. De todas formas, cuando se presentía su desvinculación, fue trasladado a Barcelona, y eso aceleró el proceso de su marcha.

Mas tarde Ramón dirá que considera perfecta la síntesis cultural entre Andalucía y Cataluña, porque tiene un resultado muy positivo sobre una psique individual al hacerle capaz de ser, a la vez, flexible y cumplidora, tolerante a las frustraciones y a la ansiedad y al mismo tiempo comprometida en el trabajo, divertida y lúdica en las tareas, y al mismo tiempo exigente en los resultados, y que quizá fue Andalucía lo que le ayudó a no caer en la trastorno mental.

Al desvincularse de la Obra, con más de 40 años, una de las cuestiones importantes que Ramón se planteó fue la de si desarrollaría su nueva vida al margen del sacerdocio o asumiendo las tareas y los compromisos sacerdotales.

Aunque nunca había pensado en el sacerdocio, y lo asumió debido a su situación en el Opus Dei, como tantos otros socios numerarios, en relación con su proyecto de vida el sacerdocio no era, ni mucho menos, un obstáculo, algo que le impidiera ser sí mismo. Por otra parte, dejaba un margen muy amplio de posibilidades de tareas y de relaciones sociales, incluso manteniendo el celibato.

En efecto, el celibato no impide las amistades femeninas, e incluso hace posible un tipo de intimidad con las mujeres que quizá un no-célibe no puede alcanzar. Por otra parte, las tareas de un sacerdote pueden ser una concreción muy adecuada de un proyecto de vida como el que él tenía. Así las cosas, Ramón optó por mantener el sacerdocio.

Por otra parte, quedaba pendiente la cuestión del modo en que ahora, con más de 40 años y como sacerdote, con unos estudios cursados precariamente, podía realizar su proyecto de vida.

La cuestión económica no era importante para él, por ser receptor de una rentas provenientes de los bienes familiares que le permitían dedicarse a las tareas que considerase pertinentes, sin necesidad de encontrar en ellas la fuente única de su subsistencia económica.

Comprendió que ya era tarde para implicarse en la docencia universitaria, después de tantos años distanciado de ese mundo.

En esa situación es cuando Ramón Rosal se encuentra con el Movimiento de la Psicología Humanista y con Ana Gimeno-Bayón. Después transcurren unos cuantos años de estudio y preparación, y en ellos se clarifica que el proyecto de vida de Ana es muy afín al de Ramón, puesto que apunta a la atención de los demás, especialmente al numeroso colectivo de los que sufren por falta de recursos psíquicos (probablemente el 100% de los seres humanos), y apunta a eso con una dedicación tan completa como la que permite el sacerdocio.

Sobre esa conjunción de los dos proyectos de vida, se trenza y constituye el Instituto Erich Fromm de Psicología Humanista, que empieza con sus actividades en Barcelona a comienzo de los 80, y que con más de 25 años de trabajo atendiendo a pacientes con trastornos psicológicos, como también a personas sin patología psíquica propiamente dicha, puede presentar un balance de resultados ya bien entrada la década del 2000, que colma con mucho las aspiraciones con las que se puso en marcha.

Después de una historia tan accidentada y tan felizmente reconducida a un término en concordancia con los proyectos iniciales, el protagonista hace un balance en el que contrapone los efectos negativos que tuvo sobre él el Opus Dei, y los elementos de la ins-

titución que pasaron a enriquecer su vida mediante la apropiación de carismas que encontró a través de ella.

Entre los elementos negativos, cuenta el riesgo de la enfermedad mental, y el conjunto de normas y órdenes imperantes en la Obra que impiden el desarrollo normal de la personalidad. Entre los elementos positivos cuenta el descubrimiento de la posibilidad de la santificación, de la vivencia de un cristianismo radical en medio del mundo, de la difusión del mensaje evangélico a través de las actividades culturales de todo tipo, el enriquecimiento personal mediante el trato con personas competentes y entregadas.

Junto a eso, hace un balance de la labor realizada en el Instituto de Psicología Humanista durante sus años de existencia, para poner todo eso a disposición del lector interesado y que pueda sacar de todo ello algún provecho.

Ramón Rosal Cortés, nacido en Barcelona en 1932, escribe en 2009 su libro *Nafragio y rescate de un proyecto vital. Testimonio de un ex cura-del-Opus Dei*, para dar testimonio de cómo naufragó en el Opus Dei el proyecto vital de un hombre, el proyecto de ser sí mismo, y de cómo se recuperó y se realizó ese proyecto vital.

Ramón presenta en este libro un testimonio que tiene especial interés desde varios puntos de vista.

Da un testimonio de lo que fue la vida en el Opus Dei durante los años 50 y 60 en España y en Roma, viviendo con Escrivá tres años, y en otros centros de la Obra durante 20 años. Da testimonio del tipo de personalidad de Escrivá y del carácter patógeno de la institución para sus propios miembros. Este testimonio tiene tanto más valor cuanto proviene de un profesional de la psicología, que durante más de 25 años ha estudiado y corregido alteraciones psíquicas, normales o patológicas.

Da testimonio de la transformación que, a su juicio, ha registrado el Opus Dei desde 1950 a 1973, testimonio tanto más valioso cuanto proviene de un fiel creyente que llega al sacerdocio inducido desde el Opus Dei, y que se mantiene en el sacerdocio después de dejar la institución. Su testimonio explica las transformaciones de la Iglesia y las de la Obra en esos años, y justifica la decisión de dejar el sacerdocio y de mantenerse en él por parte de los sacerdotes que dejan el Opus Dei, y que han tomado una decisión u otra.

Pero este libro no sólo contiene una historia muy reflexiva desde el punto de vista psicológico y desde el punto de vista moral. También contiene una reflexión sobre la moralidad de los testimonios que aporta.

En efecto, en cuanto que este testimonio es ofrecido por un hombre que es, a la vez, psicólogo y sacerdote, y es ofrecido cuan-

do él cuenta más de 70 años, trae meticulosamente a la conciencia psicológica y a la conciencia moral, al mismo tiempo, aspectos de la vida que normalmente no se traen con tanta claridad a la conciencia, y que, una vez en ella, normalmente no se someten a criterios morales.

Esto hace que el relato resulte moroso en ocasiones, pues se lleva a cabo incluyendo en él ese trabajo de traer a la conciencia contenidos que frecuentemente no lo están, y el trabajo de detenerse a considerar si el relato de unos u otros acontecimientos es moralmente correcto o reprochable. Cada vez que esto ocurre, Ramón Rosal justifica moralmente la decisión de dar un testimonio o de omitirlo.

Pero todo lo que resulta moroso a un lector que espera una historia contada como la mayoría de las historias, resultará precioso para un lector que busque la calificación psicológica o moral de episodios relativos a su entrega a Dios, su abandono de la Obra, su sacerdocio, su silencio, su testimonio privado, su testimonio público, su comprensión o sus denuncias.

Finalmente, unas palabras sobre mi relación con Ramón Rosal. Cuando regresé a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla en el curso 1981-82, después de haber estado fuera de Andalucía 20 años, me encontré allí de nuevo con Jesús Arellano y con Patricio Peñalver, y empecé a tener noticias de Ramón. Un día del año 2005 o 2006 recibí una llamada telefónica suya. Había venido a Alcalá de Guadaíra, cerca de Sevilla, a dar una conferencia y quería saber si podíamos vernos y hablar. Me faltó tiempo para coger el coche y acudir al hotel donde se alojaba.

Pasamos una tarde espléndida contándonos muchos episodios de nuestras historias y pusimos en común unos periodos de nuestro pasado y nuestro presente que nos ayudaban a completar aspectos de nuestras vidas. Luego nos hemos escrito en algunas otras ocasiones. Cuando me preguntó si quería hacerle el prólogo de este libro enseguida le respondí que sí. Es para mí un honor.

Otras veces no he aceptado prologar libros semejantes a éste, por mucho aprecio que le tuviera a las personas que lo escribieron (y les tenía mucho), pero esta vez sí quería. Este libro recoge muchos textos de otros libros sobre el Opus Dei, y ahora al prologar éste de algún modo hago míos también los contenidos de esos otros libros, y pongo lo que puedo de mi parte en pro de la verdad y la justicia sobre la vida de muchas personas que dejaron la institución y sobre la institución misma.

Me hace gracia especialmente que Ramón diga que probablemente le hubiese costado convivir con Santa Teresa, cuando yo le tengo tanta simpatía, y que le tenga tanto afecto a Andalucía cuando yo

apenas conozco nada de Cataluña, pero después de leer su libro me sumo al grupo de los andaluces que le tienen mucho afecto. A mí también me gusta la riqueza que proporciona el conocimiento de otras tierras y otras gentes.

Jacinto CHOZA,
Catedrático de Antropología filosófica
de la Universidad de Sevilla

AGRADECIMIENTOS

Con gusto quiero expresar aquí mi agradecimiento a algunas personas gracias a las cuales he encontrado un apoyo para poder elaborar y publicar este testimonio. Ha sido muy importante para mí la lectura cuidadosa del texto llevada a cabo por mi compañera en la dirección del Instituto Erich Fromm, Ana Gimeno-Bayón, doctora en Psicología y licenciada en Derecho. Cuando se vio conveniente, por criterios editoriales, reducir la extensión del texto en unas doscientas páginas, le confié a ella esta tarea que llevó a cabo con gran acierto, a la vez que mejoró la calidad de la redacción a lo largo del texto.

Estoy también muy agradecido a Ramón Massó Tarruella, licenciado en Filosofía, Técnico en Publicidad, que fue profesor en la Universidad Autónoma de Barcelona, y ha publicado sucesivos ensayos, principalmente sobre lo que denomina *Politing*, sobre la estrategia de la transición española a la democracia, y sobre la cultura *light*, entre otros. Estuvo vinculado al Opus Dei como miembro numerario durante dieciocho años (de 1949 a 1967). Leyó con detenimiento mi escrito y aportó útiles sugerencias.

Me siento especialmente agradecido a Jacinto Choza, por haber acogido amablemente hacerse cargo del prólogo de este libro. Él es catedrático de Antropología Filosófica en la Universidad de Sevilla y ha publicado una treintena de libros, aparte de docenas de artículos y capítulos en obras colectivas. Estuvo vinculado al Opus Dei como miembro numerario durante treinta y cuatro años (de 1962 a 1996).

Igualmente siento mucha gratitud hacia Amparo Martí por haberme concedido el permiso para publicar una extensa carta que dirigió al padre Escrivá –el 30 de diciembre de 1968– cuando había decidido despedirse del Opus Dei como socia numeraria. Sin contar con este testimonio, hubiese quedado muy empobrecido el apartado que –en el capítulo tercero– he titulado *Creciente reducción del ámbito para el ejercicio de la libertad y la espontaneidad*. Lamento que algunas personas, cuyo testimonio hubiese sido de gran valor, me negasen su publicación por los perjuicios que podrían acarrearles.

También quiero hacer constar mi agradecimiento por el testimonio que escuché en varias ocasiones, en 1970, del catedrático de

Filosofía, el sevillano Patricio Peñalver –miembro supernumerario del Opus Dei– que durante un tiempo ocupó el cargo de decano en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra, y que murió hace unos años. He podido citarlo en varias ocasiones e incluir un par de cartas suyas a dirigentes de la institución. Yo me sentí muy identificado con él cuando en aquel tiempo acudió varias veces a mí para confiarme sus inquietudes y su desazón, tras su gran decepción respecto a lo que él había esperado inicialmente respecto al Opus Dei: una vivencia de un cristianismo radical en medio del mundo.

Es indudable que la lectura de publicaciones de ex miembros que nombro al final de la introducción y a los que cito en sucesivos lugares me ayudaron a identificar lo que eran hechos confirmados por diferentes testimonios y, por lo tanto, más significativos que lo que pudiesen ser actuaciones aisladas.

Las características de este libro, en las que se conjuga la sincera reflexión crítica con una actitud respetuosa y distanciada de todo maniqueísmo, implica el haber optado por una posición de decidida independencia personal. Para el logro de esta actitud debo mucho –y por ello me siento especialmente agradecido– a testimonios vitales de independencia y de fidelidad a sí mismos. Puedo destacar, por su influencia especial sobre mí, al filósofo y teólogo laico Claude Tresmontant, al psicólogo Erich Fromm, y al filósofo ruso Nicolas Berdiaev.

Ahora bien, publicar un libro requiere que una editorial acepte asumir esta tarea. Tras intentarlo con varias de ellas, ha sido Editorial Milenio la que ha acogido mi testimonio. Me siento, por ello, especialmente agradecido con don Lluís Pagès, fundador y presidente de esta empresa editorial, como también de la Pagès Editors en lengua catalana. Ha sido, hasta hace poco, presidente de la Associació d'Editors en Llengua Catalana.

Por último, teniendo en cuenta que yo soy de los que todavía escriben a mano –con bolígrafo o pluma estilográfica– debo también expresar mi agradecimiento a mi ayudante Carolina Chinchilla, que ha ido trasladando al ordenador el borrador de mis escritos, y realizando paciente-mente los sucesivos cambios y correcciones que le he ido encargando.

Hay otras personas más que directa o indirectamente me han supuesto una ayuda para decidir poner por obra este proyecto y llevarlo a cabo. El lector o lectora podrá deducir algunas de ellas entre los nombres que aparecen a lo largo de estas páginas. Algunos de los teólogos, filósofos y psicólogos que nombro en el capítulo décimo, al referirme a los “logros intelectuales” me habrán aportado inspiración y energías para poner por obra este acto de fidelidad a mí mismo y de servicio al bien común de las personas y de la Iglesia.

INTRODUCCIÓN

*Todo tiene su tiempo y razón
todas las tareas bajo el sol:
tiempo de nacer, tiempo de morir;
tiempo de plantar, tiempo de arrancar [...]
tiempo de callar, tiempo de hablar.*

(Biblia: Libro del Eclesiastés, 3)

Dificultades para decidirme a escribir

Me ha resultado difícil decidirme a poner por escrito mis reflexiones, tanto respecto a la praxis establecida, como a la vivida por mí en el Opus Dei. Se trata de reflexiones críticas y a la vez respetuosas y alejadas de toda actitud maniquea. Como puede suponerse, si yo estuve vinculado a esta institución durante veintitrés años –desde los dieciocho hasta los cuarenta y un años de edad (los cinco primeros como laico y los dieciocho restantes como sacerdote) hasta que finalmente decidí desvincularme–, esto no ocurrió porque sí. Tal como explico detalladamente en este escrito, tuve que reconocer que muchos puntos de la praxis del Opus Dei no se armonizaban –y a veces incluso se contradecían– con las ideas madres con las que se definía su proyecto inicial (supuestamente de inspiración divina) y que llegaba a suscitar interés, simpatía y atracción a muchas personas. Por otra parte, en mi caso la institución no podrá atribuir mi decisión a una crisis en mi vivencia de la fe cristiana, o en mi vinculación a la Iglesia, o en mi capacidad para mantener compromisos ascéticos como el del celibato sacerdotal, entre otros. Mi fe en el origen divino del mensaje de Jesucristo y mi vinculación a la Iglesia no sólo no ha quedado perjudicada

sino, al contrario, fortalecida después de mi desvinculación. En mi caso ha sido principalmente la lectura de teólogos de distintas sensibilidades –la mayoría de ellos prohibidos, al menos en aquellos años, en la Obra–, la ayuda principal para poder conocer mejor y vivir con mayor ilusión unas convicciones cristianas apoyadas en experiencias acreditadas por la ciencia histórica. Su contenido se interpreta actualmente de forma mucho más correcta que siglos atrás –gracias al progreso de la Hermenéutica y la Exégesis bíblicas, y los fundamentos sobre lo razonable de su credibilidad me resultan más que suficientes. El que a la Iglesia se le puedan achacar errores o defectos en cuanto a su testimonio evangélico –aunque muchos menos de los propagados por las “leyendas negras”, o por las típicas campañas provocadas en nuestro país por los que hubieran deseado su extinción– puede suscitar en mí sentimientos de tristeza. Pero no me afectan un ápice respecto a mi vinculación a ella. Yo nunca he pretendido que la Iglesia tenga que ser una institución perfecta, aparte de que la dimensión institucional no es lo más importante de ella. Me siento responsable, más bien, de colaborar –dentro de mis modestas posibilidades– en su nunca concluida construcción, la construcción del colectivo integrado por auténticos discípulos de Jesucristo, colaboradores activos de su obra evangelizadora.

Desde mi adolescencia he conservado una actitud abierta, respetuosa y receptiva respecto a los cristianos evangélicos, y a religiones no cristianas como el hinduismo (habría que decir más bien “los hinduismos”), el budismo y el Islam, siempre que no sean fundamentalistas, y he escrito algo sobre lo que puedo aprender de ellos para vivir mejor mi espiritualidad cristiana. Como también puedo aprender –dicho sea de paso– de los agnósticos y ateos humanistas, siempre que no sean fanáticos –que no faltan entre ellos– y puedan dar razones de su posición. Pero, al mismo tiempo, tengo que reconocer y confesar con sinceridad que mientras más he profundizado en el conocimiento de estas respetables cosmovisiones –sean religiosas o no– más me convence el cristianismo, y más afortunado y agradecido me siento de haber sido llamado a ser discípulo de Jesucristo.

Además, a pesar del origen ambiguo de mi vocación sacerdotal –provocada dentro de la estructura del Opus Dei y no surgida espontáneamente en mí– yo, una vez desvinculado, decidí mantenerme en el sacerdocio ministerial, mientras comprobase que sus requisitos –entre otros el del celibato– no perjudicasen mi salud mental. Todo ello lo explico detenidamente en un capítulo de este libro. Soy consciente de que soy el primer cura-ex miembro numérico del Opus Dei que presenta por escrito sus reflexiones críticas sobre esta institución.

A diferencia de otros ex miembros, yo no he escrito ni publicado hasta ahora ningún artículo o libro crítico, durante los treinta y seis años que han pasado desde mi desvinculación. Una parte del contenido de lo que se ha ido publicando yo no la compartía. Además, uno de los factores que provocaron durante años el retraso de mi desvinculación fue debido –como explico en este libro– precisamente a la abundancia de visiones distorsionadas y de calumnias que se propagaron sobre ella entre los años 1950 y 1970, aunque ya en sus inicios no faltaron. En España principalmente, y de forma notablemente menor en una parte de los numerosos países donde alcanzaba a propagarse la institución, se produjeron –particularmente acentuadas durante la dictadura franquista– campañas sucesivas de críticas muy duras en la prensa y a través de algunos libros, descalificando los fines y medios del Opus Dei, atribuyéndoles consecuencias destructivas por las actuaciones y actitudes éticamente rechazables de sus miembros.

La convicción de que la mayoría de las campañas críticas españolas a la institución erraban de blanco y resultaban injustas por calumniosas, dio lugar en mí –y seguramente en otros socios– a que se cumpliera lo que, si no me equivoco, fue una teoría del filósofo de la historia Arnold Toynbee. A lo largo de la historia de la humanidad, cuando un colectivo humano o una institución –que tenga una base suficiente de vitalidad– es acosada en abundancia por sus detractores o sus enemigos, dicho colectivo o institución, contra la intención de aquéllos, queda fortalecida, y todavía más si una parte importante del acoso supone una clara injusticia.

Así ocurrió en la historia del cristianismo durante los tres primeros siglos, a partir de las sucesivas persecuciones promovidas por los emperadores romanos. Fue a continuación, tras la conversión al cristianismo del emperador Constantino, cuando los cristianos, que hasta entonces habían experimentado una profunda unión entre ellos frente al enemigo común, pudieron dirigir por fin con más tranquilidad la atención hacia sí mismos, y comprobar que entre ellos se daban divisiones que cristalizaron en herejías y cismas. Así ocurrió también con la historia del pueblo judío, que “gracias” a las sucesivas persecuciones colectivas a las que se ha visto sometido, ha podido mantener su identidad cultural a pesar de haber perdurado veinte siglos (hasta hace poco tiempo) sin territorio propio.

Así pienso yo, le ocurrió en cierta medida al Partido Comunista español, que durante la etapa final de la dictadura protagonizó las actuaciones más eficaces para desestabilizarla –con la colaboración secundaria de otros grupos políticos o independientes– sintiéndose

amenazado y perseguido constantemente por la policía de la dictadura. Sin embargo, una vez restablecida la democracia, y legalizado el Partido Comunista por el gobierno del presidente Suárez, se inició en él un rápido proceso de debilitamiento (“contra Franco vivíamos mejor”, dijeron algunos de ellos) y de divisiones internas.

Desconozco con precisión la teoría de Toynbee, ya que me llegó de segunda mano, pero en cualquier caso la hipótesis descrita arriba se cumplió al pie de la letra en mi proceso personal y fue uno de los factores principales que retrasó mi retirada del Opus Dei. La llegada incesante de juicios de valor que en su mayoría percibía –y sigo percibiendo– como injustos por su falsedad me despertaba cierto sentimiento de lealtad y de necesidad de aclarar malos entendidos, y me desviaba hacia esto las energías que debería emplear para afrontar y consumir mi crisis con la Institución y mi conveniente separación de la misma.

De ahí que cuando, ya desvinculado, alguna persona me animó a escribir en un libro mi interpretación crítica sobre la Institución, dije que esto sólo lo haría cuando se apaciguasen los ánimos, pues no quería contribuir a retrasar el proceso de crisis de otros miembros. Además, mi reflexión crítica se referiría tanto al Opus Dei como a sus detractores. Apenas aparecieron en esas críticas aquellos puntos que constituyen, según mi experiencia, los que deben de ser el centro de cualquier reflexión crítica sobre la institución y en los que me detengo principalmente en los capítulos tercero, cuarto y sexto de este libro.

Otra dificultad que experimentaba al proyectar escribir mis experiencias y reflexiones críticas era el saber que dentro del Opus Dei permanecen personas con las que conviví y a las que valoré por sus cualidades humanas y por su generosa entrega al servicio de ideales cristianos. Aunque muchos de los que compartieron conmigo la experiencia de la pertenencia a la Obra llegaron a decidir su desvinculación antes o después que yo, y aunque he sido informado de que no son excepcionales los casos de los que padecen trastornos de estado de ánimo depresivo, o de ansiedad, o somatoformes, también reconozco que otros permanecen en el Opus Dei más o menos encajados en ese camino de su realización vocacional cristiana. Decidir poner por escrito unas reflexiones que, en el caso de ser conocidas por esos antiguos compañeros, puedan a veces interpretarse como una especie de traición por mi parte no deja de resultarme doloroso.

Motivos para ofrecer mi testimonio

Y sin embargo, en las circunstancias actuales, mantenerme pasivo, absteniéndome de comunicar lo que pienso, lo consideraría por mi parte como una señal de mera comodidad y de despreocupación o indiferencia hacia las muchas personas que han sufrido en el pasado –hasta que decidieron desvincularse–, o que estén sufriendo en el presente a causa, principalmente, de algunas contradicciones importantes entre la teoría del Opus Dei y la praxis real. Porque esto es precisamente lo que me motiva a abandonar mi silencio: la abundante información que me ha llegado en los últimos cuatro años sobre el elevado número de personas que han padecido excesivo sufrimiento a causa de esa praxis, y del modo de aplicarla un porcentaje elevado de los directores y directoras, aunque no todos. De hecho, si prescindimos de los que no sin graves tensiones y angustia decidieron un día desvincularse, y de los que llevaban años padeciendo trastornos psicológicos, que en no pocos casos desaparecieron al despedirse de la institución, no hay que suponer que todos los que permanecen se encuentran a gusto en ese camino. Hay que tener en cuenta –como explico en el libro– que desde el comienzo la mayoría de las mujeres, aunque tuviesen estudios universitarios, no llegaron a ejercer una profesión civil, sino que tuvieron que encargarse de la administración doméstica de las casas tanto de varones como de mujeres, o bien se les confiaron tareas en la burocracia de la institución con o sin responsabilidades directivas. Tal como ha funcionado la Obra, si estas mujeres llegan a experimentar sus crisis y comprenden que lo más adecuado sería desvincularse, se encuentran no sólo sin ningún recurso económico, sin ahorros, sino también sin experiencia profesional relacionada con las carreras que estudiaron y, en muchos casos, sin haber cotizado a la Seguridad Social. En el caso de los varones hace veinte o más años no era así. La mayoría de ellos ejercían ciertamente profesiones civiles muy variadas. Sin embargo en los últimos años esta situación ha cambiado mucho. Entre los numerarios es crecientemente elevado el porcentaje de los que o trabajan en tareas de la organización interna, frecuentemente con cargos directivos de diferente nivel, o sobre todo, los que trabajan en obras corporativas o semicorporativas del Opus Dei, la mayoría relacionadas con la enseñanza primaria, media, o superior. Ante una situación de crisis vocacional, planificar una retirada se les presenta con dificultades cada vez más parecidas a las de las mujeres, aunque sin llegar a ser tan graves. Es decir: la hipótesis de que, entre los que perseveran en la institución, el porcentaje de

los que sufren las consecuencias de la praxis es importante, puede considerarse una hipótesis frecuentemente comprobable. Pero a una parte de ellos les resulta en ocasiones demasiado arriesgado planificar su desvinculación.

Requisitos para expresarme con respeto a la verdad

El objetivo de mi escrito consiste, principalmente, en ofrecer una reflexión respetuosa, serena, lo más objetiva posible, y fraternal –ya que me dirijo principalmente a hermanos míos en la fe cristiana– ante la posibilidad –quizá poco probable– de que pudiese llegar a influir, junto con las aportaciones de otros, en plantearse la conveniencia de una revisión de la praxis por parte de la dirección de la Prelatura. Ahora bien, teniendo en cuenta lo afirmado al principio sobre los efectos perjudiciales de las antiguas campañas con críticas distorsionadas y frecuentemente calumniosas, y teniendo también presente los deseos de muchas personas de poder coleccionar datos que les puedan justificar su tendencia, un tanto obsesiva, a criticar a la Iglesia católica y a sus instituciones, o a las religiones en general, comprendo que debo tomar todas las precauciones necesarias para expresarme con el máximo respeto a la verdad. Y si busco la verdad, al presentar mis experiencias y reflexiones críticas, es preciso que evite dejarme influir por los que considero cuatro obstáculos importantes en la búsqueda de la misma. Me refiero en concreto a: 1) los prejuicios; 2) la actitud maniquea; 3) la dependencia de las modas, y 4) la credulidad.

1º. Todo lo que afirme en este escrito tiene que basarse en experiencias personales, o en experiencias de otras personas –no de una aislada– que me merezcan suficiente confianza respecto a su veracidad. No se basará en prejuicios.

2º. Tengo que evitar a toda costa la tendencia a las valoraciones maniqueas. Entiendo por actitud maniquea la que se manifiesta en la tendencia a evaluar las realidades y situaciones humanas de forma dicotómica, atribuyendo a una parte de ellas la plena posesión del bien –o de la verdad– mientras que a la otra parte se achaca únicamente la posesión del mal o del error.

Podemos comprobar fácilmente que la vida política, por ejemplo, constituye uno de los campos en los que se ha venido dando de forma más acentuada esta actitud. El hecho mismo del estereotipo de la clasificación entre partidos de derechas o de izquierdas ha

favorecido el peligro del maniqueísmo. No es difícil comprender que diversificar con estos dos estereotipos la gran variedad de proyectos políticos es, en principio, una simplificación, utilizada frecuentemente de forma tendenciosa por ambas partes. Ambos términos “derecha” e “izquierda” han sido utilizados, por los representantes del bloque opuesto, como vinculados a una colección de rasgos peyorativos cuando no claramente perversos. Tal vez el posterior estereotipo de partidos de “centro”, con sus variantes de “centro izquierda” y “centro derecha”, hayan constituido –consciente o inconscientemente– un intento de amortiguar el grado de agresividad y desprecio mutuo frecuente entre los vinculados a las derechas o las izquierdas, pero no parece que con ello se haya logrado en general una superación de la distorsión maniquea.

Un porcentaje grande de los políticos y ciudadanos claramente adheridos a uno de estos bloques se manifiesta habitualmente como convencido de que sólo en el suyo se da la sabiduría y bondad o ética política mientras que en el o los otros bloques se da la estulicia o la maldad. Los adheridos a las posiciones de derechas –o al menos centroderechas– tendrán siempre el recurso de manifestar sus sospechas de la presencia, en sus adversarios políticos, de afinidades ideológicas o connivencias con líderes de izquierdas responsables de totalitarismos y de crímenes contra la humanidad como fue el caso de Lenin, Stalin, Mao Tse Tung, Pol Pot y otros. Los adheridos a las posiciones de izquierdas –o al menos centroizquierdas– tendrán siempre el recurso de atribuir a sus adversarios oscuras intenciones que los asemejen a los abusos totalitarios de un Hitler o un Mussolini, y venga o no a cuento calificarán frecuentemente de “fascistas” a sus contrincantes. Me he referido a las manifestaciones de maniqueísmo en los debates políticos sólo como un ejemplo. Esta misma actitud se presenta en debates y críticas en otros ámbitos de la vida social.

Confío en que al exponer lo que considero errores o conductas contradictorias y causantes de sufrimiento en miembros del Opus Dei no haya caído en una actitud maniquea. Ya he dicho que durante mis años de pertenencia a la institución conocí a personas muy valiosas y éticamente ejemplares. Y se crearon empresas de gran interés social. Mencionaré solamente un ejemplo. El que me precedió como responsable de la actividad sacerdotal en Cádiz –José Domingo Gabiola– fue destinado a Kenia en el año 1958, país donde los primeros miembros de la Obra que se trasladaron ahí llevaron a cabo una importante lucha contra la discriminación social. José Domingo era natural del País Vasco, pero había sabido integrarse muy bien entre la gente andaluza de Cádiz. Cuando yo me trasladé desde Sevilla a Cádiz para sustituirle, pude comprobar la valoración de mucha gente respecto a su actividad pastoral y el afecto

que sentían hacia él. El periodista australiano William West dedicó el capítulo IV de su libro *Opus Dei. Ficción y realidad*, a la labor iniciada por Father Gabiola y compañeros laicos, en Kenia. Este periodista empleó cinco años recorriendo poblaciones de los cinco continentes en las que el Opus Dei hubiese creado alguna obra de especial interés a su juicio. Cada uno de los diez capítulos los dedica a un país. Varios de los iniciadores de la acción evangelizadora en ellos habían sido compañeros míos con los que había convivido al inicio de mi vinculación a la Obra. Entre otros, José Domingo Gabiola que, como he dicho, estuvo implicado en los inicios de la actividad en Kenia; y Fernando Acaso, que junto con José Ramón Madurga protagonizó el inicio en el Japón. Como una muestra de estar yo decidido a no dejarme influir por una actitud maniquea y generalizadora de los posibles errores o actuaciones poco éticas de miembros del Opus Dei, veo conveniente transcribir aquí unos párrafos del capítulo en el que William West valora elogiosamente esa actitud evangelizadora de Kenia y dialoga con Father Gabiola.

El racismo era el gran obstáculo. En Nairobi, las tierras estaban repartidas entre los europeos, los africanos y los asiáticos. Las que los miembros del Opus Dei encontraron estaban situadas en la zona residencial de los europeos, que, naturalmente, protestaron. “Oficialmente alegaron que no querían que se estableciese un colegio universitario en la vecindad, pero todo el mundo conocía el verdadero motivo de su rechazo: que en el colegio habría africanos negros. Se celebró una asamblea en el Ayuntamiento y tuvimos que responder a una serie de preguntas. Fuera, esperaban grupos numerosos de blancos, y la cosa se puso fea. Los blancos no nos podían ver. Y, al final, se llevaron el gato al agua. Perdimos los terrenos.”

A la larga, la pérdida de esa primera batalla resultó ser providencial. Encontraron otros terrenos en Strathmore Road (actualmente Mzima Springs Road) y, en esa ocasión, no se podía alegar nada, pues había tres escuelas europeas más en las inmediaciones.

El proyecto consistía en construir un colegio-residencia que sirviera de puente entre la enseñanza secundaria y la universidad, pues hasta entonces los nativos tenían que abandonar el país si querían acceder a la enseñanza superior. “Era una gran laguna. Por eso queríamos crear algo capaz de formar a los estudiantes en distintas áreas: profesional, humana y, para quien lo deseara, religiosa.”

Tras los problemas de tierras se presentaron los de financiación. El primer director, David Sperling, y el profesor Kevin O’Byrne decidieron lanzarse a la aventura de iniciar las obras sin contar con los fondos necesarios. Los primeros estudiantes eran pobres, así que no podían ayudar. El gobierno colonial dio algún dinero y el resto se obtuvo mediante créditos hipotecarios, pero no era suficiente, por lo que David Sperling se trasladó a Europa y América para recabar fondos.

Cuando el problema monetario quedó más o menos resuelto, los agoreros empezaron a decir que el proyecto fracasaría. Un religioso amigo de Father Gabiola le advirtió que los alumnos no acudirían a un centro interracial. “Pero nosotros estábamos empeñados en que, con la gracia de Dios, no fracasaría.”

David Sperling y Kevin O'Byrne viajaron por todo el país en busca de alumnos capaces de confiar en una institución que todavía no existía, y tuvieron éxito.

“Cuando mi amigo lo supo, dijo que sí, que tendríamos africanos, pero no europeos ni asiáticos. Y cuando, poco después, le dije que ya teníamos un alumno asiático, respondió: ‘Bueno, tendréis uno’. Y luego empezaron a venir europeos, sobre todo por razón de amistad, pues para entonces ya teníamos muy buenos amigos.”

Al principio, las condiciones de vida en Strathmore eran casi selváticas. El colegio estaba rodeado de matorrales silvestres que se prolongaban hasta el valle del río Nairobi y, cuando llegaban los estudiantes, lo único que se veía entre la espesura era lo que llevaban en la cabeza. La zona estaba infestada de cobras y un día se presentó un leopardo, seguido de una hiena, que obligó a un estudiante a subirse a lo alto de una columna junto a la entrada del edificio principal.

Peor que las dificultades físicas eran las barreras raciales. No sólo por las diferencias entre blancos y negros, sino también porque diversas tribus aborígenes se llevaban muy mal entre ellas.

Father Gabiola recuerda así la primera noche: “Nos habían dicho que los estudiantes africanos se escaparían saltando por las ventanas y que harían toda clase de barbaridades, así que nos temíamos lo peor. Yo me escondí fuera, en el jardín, para ver qué pasaba, pero no pasó nada. Todo el mundo estaba tan tranquilo, estudiando” (West, pp. 58-60).

Yo soy consciente de que mucha gente del Opus Dei ha sabido llevar a cabo obras de gran interés desde el punto de vista de la promoción social y la evangelización (considero que lo primero ya forma parte de lo segundo), aunque sospecho que con importantes diferencias entre un país y otro. Probablemente las iniciativas llevadas a cabo en países alejados puedan haberse realizado con más desenvoltura y con más flexibilidad en la aplicación de las rigideces de la praxis institucional. Pero el reconocimiento de la validez y de los méritos de estos logros no justifica las contradicciones que describo en este libro que han dado lugar a multitud de crisis vocacionales, desengaños y sufrimiento peligrosos para la salud mental. Contradicciones de la praxis, sobre todo tal como la aplican la mayoría de los directores –por suerte no todos– que a quien más perjudican al final es a la propia institución y a lo que puede considerarse como su carisma principal. De ahí que pueda pensar que mi reflexión crítica debería considerarse una aportación para el bien de la Institución e, indirectamente, de la Iglesia católica, que decidió acogerla e integrarla como la primera Prelatura personal.

De los cuatro obstáculos que he señalado respecto a la búsqueda de la verdad y que he querido evitar en mi escrito, me he referido hasta ahora a dejarme influir por prejuicios y, sobre todo, a la actitud maniquea. Queda pendiente decir algo sobre los otros dos.

3°. En tercer lugar está el peligro de la dependencia de las

modas. Es indudable que en algunos medios de comunicación españoles hace años que está de moda buscar pretextos para evaluar negativamente a la Iglesia católica y a sus instituciones. También, con frecuencia, a las religiones en general. Y durante muchos años, aunque parece ser que más durante el franquismo, estuvo de moda criticar al Opus Dei. No voy a pretender presentar aquí mis hipótesis sobre una serie de modas que durante sucesivos periodos de tiempo han podido contribuir a obstaculizar la auténtica búsqueda de la verdad, en colectivos implicados en la filosofía, o las ciencias, o las ideologías políticas o las artes. Pero lo que es importante subrayar aquí es que la persona que quiere ser consecuente con una actitud de búsqueda de la verdad, conviene que tome conciencia de las posibles modas ideológicas que sutilmente le puedan estar influyendo, consciente o inconscientemente, en los colectivos o grupos humanos en los que transcurre su vida. Una vez que vaya tomando conciencia de esos posibles influjos, deberá tomar las medidas necesarias para ser totalmente independiente de ellos.

Tengo el convencimiento de que durante el transcurso de la realización de este trabajo no he actuado por la presión de una moda. Es más, es todavía muy reciente el hecho de que se haya canonizado al padre Escrivá por parte de la Iglesia. Es decir que se le ha reconocido como santo digno de ser venerado como tal. Me referiré en algún momento a las inquietudes que ha suscitado en un sector de la Iglesia la rapidez con que se produjeron los sucesivos pasos de la beatificación y la canonización del fundador del Opus Dei, y también al hecho de que no fuesen tenidos en cuenta, ni siquiera escuchados, los testimonios de algunos ex miembros que habían pertenecido muchos años a la Institución y habían tenido un trato directo con el fundador también durante años. De todas formas, el acontecimiento de la canonización puede haber provocado –no sólo en los miembros de la Prelatura, sino también en un amplio sector de católicos– que lo que esté de moda sea más bien una valoración positiva de la institución.

4º. Un último obstáculo posible respecto a la búsqueda de la verdad que espero haber logrado evitar es el de la credulidad. Transcribiré aquí algunos párrafos sobre esta cuestión que escribí hace años. Si busco la verdad respecto a cualquiera de mis conocimientos, y en la gran mayoría de los casos llego a ellos no por una experiencia auténtica personal, o por un trabajo de investigación científica o una reflexión filosófica rigurosa, no puedo aceptar como válidas unas afirmaciones a partir meramente de mi simpatía respecto al transmisor de esas supuestas verdades, o por tratarse de una opinión pública mayoritaria, o porque me exige menos esfuerzo

y más placer a corto plazo el aceptarla como válida.

Detengámonos, por lo tanto, en identificar algunos requisitos para no dejarnos arrastrar por la tendencia a la credulidad, respecto al poder seductor y manipulador de individuos y de la sociedad de masas. Dado que inevitablemente la gran mayoría de nuestros conocimientos implican un acto de confianza o fe en otros seres humanos –que como tales son falibles, imperfectos, no omniscientes– habrá que tomar algunas precauciones para no acabar siendo adictos y propagadores de ideas erróneas.

Se dan variadas formas de manifestarse la actitud de credulidad, entendiendo ésta como la aceptación de una información como verdadera, sin tener en cuenta el requisito de unos criterios de credibilidad. Se trata, por lo tanto, de formas de confianza o fe ciega en el mensajero o informador de tales supuestas verdades. Para que esta aceptación no fuese una confianza ciega habría que haber resuelto satisfactoriamente preguntas como las siguientes: a) ¿Hay garantías de que el informador haya adquirido un conocimiento por medio de un trabajo científico, o por una experiencia personal directa de aquello sobre lo que informa?; b) En el caso contrario, ¿deja constancia de la fuente original de esa información, es decir del testigo directo que alcanzó ese conocimiento no por vía de fe o confianza en algún informador, sino por una experiencia directa personal –fuese o no científica– que lo condujese a sus convicciones?; c) ¿Tengo suficientes garantías de que se trata de una persona que ha dado pruebas de ser veraz en sus comunicaciones, de tener amor a la verdad?; d) ¿Dispone de suficiente libertad para manifestar lo que piensa, en el canal a través del que se manifiesta –se trate de una editorial, un periódico, un canal de televisión–, o bien está condicionado a poder manifestar sólo una parte de sus conocimientos, silenciando en cambio otros que no se adapten suficientemente a las ideologías o preferencias políticas, científicas o filosóficas de los últimos responsables de ese canal? Con ello la persona que informa, al tener libertad sólo para exponer unas facetas de sus conocimientos y no para otras, aunque todos los hechos de los que informe sean verdaderos, al final, como resultado del conjunto, saldrá un mensaje distorsionado.

La razón principal por la que puedo tener la certeza moral de que mis informaciones en este escrito no están condicionadas por una actitud de credulidad –tan frecuente en mi entorno social– es el hecho de que en su gran mayoría se basan en experiencias personales mías y en informaciones acreditadas sobre el contenido de los documentos de la praxis del Opus Dei. En los casos en que mis

declaraciones se basen en informaciones ajenas, creo haber tomado las precauciones suficientes para poder aceptar su credibilidad. Como ya he dicho, son datos transmitidos por más de una persona, y que se armonizan o concuerdan con otros de los observados o conocidos directamente.

Otros requisitos éticos y cristianos

Soy finalmente consciente del problema ético que aparece cuando uno ofrece una información que podrá provocar una disminución –en mayor o menor grado– de la fama o la honra de personas o instituciones. En el capítulo tercero –dentro del apartado que titulo *Creciente decepción respecto a la persona y conductas del fundador*– me detengo en la consideración de este problema ético, y en los requisitos que deben darse para que sea éticamente justificable –y, a veces, obligatorio– revelar tales informaciones. En cualquier caso, recibiré con respeto y agradecimiento cualquier observación crítica respecto al contenido de mi trabajo. Mientras tanto, espero que todo lo que he escrito no me impida ser fiel al mensaje espiritual cristiano contenido, por ejemplo, en los dos pasajes siguientes:

En primer lugar, las actitudes de cuidado que según el profeta Isaías (42,1-4) caracterizarían a Jesús el Mesías, y que el evangelista Mateo cita en 12,18-21 (la cursiva es mía).

Mirad a mi siervo, mi elegido,
mi amado, mi predilecto.
Sobre él pondré mi espíritu
para que anuncie el derecho a las naciones.
No altercará, no gritará,
no voceará por las calles.
*La caña cascada no la quebrará,
el pabilo humeante no lo apagará,
hasta que haga triunfar el derecho.*
Él será la esperanza de las naciones.

En segundo lugar, recojo el mensaje de la parábola del trigo y la cizaña que el evangelista Mateo incluye entre las parábolas que ofrecen unas pinceladas sobre requisitos y experiencias que se producirán en ocasión de iniciarse el reinado de Dios en el mundo, es decir, en el surgimiento de lo que san Pablo denominaba a veces la “Nueva Humanidad”, iniciado con la presencia de Jesucristo. En esta parábola se advierte sobre el peligro de toda actuación que

pretenda destruir el mal presente en las obras humanas.

El reinado de Dios es como un hombre que sembró semilla buena en su campo. Mientras la gente dormía, fue su enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se marchó. Cuando el tallo brotó y empezó a granar, se descubrió la cizaña. Fueron los siervos y le dijeron al amo: Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo?, ¿de dónde le viene la cizaña? Les contestó: Un enemigo lo ha hecho. Le dijeron los siervos: ¿Quieres que vayamos a arrancarla? Les contestó: No; no sea que al hacerlo arranquéis con ella el trigo. Dejad que crezcan juntos hasta la siega. Cuando llegue la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, atadla en gavillas y echadla al fuego: el trigo lo metéis en mi granero (Mateo 13,24-30).

Razón de ser de las dos partes del libro

Ahora bien, este libro no tiene como objetivo único ofrecer una reflexión crítica –aunque respetuosa– sobre mi experiencia respecto a la praxis del Opus Dei. Mi intención es informar sobre lo que consideré mi proyecto vital o existencial, esbozado ya alrededor de los dieciocho años, y que posteriormente fui perfilando con más claridad y precisión. Informar sobre lo más destacable de mi experiencia durante mis años en el Opus Dei me permite calificar mi decisión de vincularme a esta institución como el principal error de mi vida. Contribuyó a que gastase las energías de la etapa de la vida del “adulto joven”, embarcado en una nave que obstaculizaba el logro genuino de mi proyecto existencial que, como era de esperar, acabaría naufragando. He querido preguntarme también hasta qué punto esta experiencia, basada en una decisión errónea, no por ello deja de poder ser para mí una fuente de sabiduría para la vida.

En la parte segunda, de forma más breve, he informado sobre la nueva nave que me ha permitido, al menos parcialmente, rescatar del naufragio mi antiguo proyecto vital. Mi esperanza, al elaborar esta parte, es la de poder animar a lectores que sean ex miembros del Opus Dei a que se pregunten –si no lo han hecho ya– cómo podrían “rescatar su proyecto vital” siendo fieles a sí mismos, a su auténtica vocación. Ciertamente que es posible que un porcentaje de los ex miembros no llegase a ser consciente de un proyecto vital personal. Pero nada les impide que en la actualidad, desvinculados quizá hace años, lleguen a plantearse esta cuestión. Por otra parte, no puedo dejar de suponer que otro porcentaje de ex miembros debió llegar, ciertamente, a experimentar con lucidez algunos idea-

les del estilo de los siguientes, entre otros posibles: a) optar por la vivencia de un cristianismo radical; b) vivirlo con una espiritualidad profunda pero, a la vez, integrando y tomándose muy en serio las realidades y actividades en el mundo; c) aspirar a contribuir en la renovación –por la influencia del Evangelio cristiano– no sólo de personas, sino también de estructuras sociales, económicas y políticas; d) cultivar la capacidad de un diálogo enriquecedor para ambas partes, entre fe cristiana y cultura; fe cristiana y ciencias, y entre fe cristiana y creencias no cristianas, como también agnosticismo y ateísmos humanistas. El hecho de que su experiencia como miembros de una institución concreta de la Iglesia católica la hayan finalmente percibido como un gran error y un fracaso existencial ¿es un motivo para tirar por la borda sus ideales humanizadores y cristianos? ¿No podrían descubrir o inventar una praxis personal que les permita rescatarlos? Incluso aquéllos a los que la crisis les haya conducido a abandonar la Iglesia católica y la fe cristiana, ¿no podrían descubrir una forma de llevar a cabo, fieles a sí mismos, ideales humanizadores implicados en su proyecto vital?

Seis advertencias al lector

Finalmente, veo procedente comunicar al lector algunas advertencias:

1) En este escrito la mayor parte del contenido de la parte primera son experiencias personales en mi vivencia del Opus Dei. De ahí que se basen en el funcionamiento de esta institución durante mis años de pertenencia a la misma (1950-1973). Sé que algunos aspectos tanto de su praxis escrita como de su praxis vivida experimentaron cambios posteriores a mi desvinculación en 1973. Cuando hago referencia a ellos ya no se trata, por lo tanto, de experiencias personales, sino de informaciones de segunda mano.

2) En relación con lo anterior está el hecho de que en aquellos años la figura jurídica de la Institución no era todavía la de “Prelatura personal”, sino la de “Instituto secular”, aunque ésta pronto se viviese con incomodidad, dado el escaso carácter laical de la casi totalidad de las organizaciones que se integraron en esta figura jurídica eclesial. Esto ocasiona que en mi escrito no utilice los términos actuales, por ejemplo: fieles de la prelatura, prelado, vicarios, etc., sino: socios o miembros del instituto, consiliarios, presidente, etc.

3) Yo he podido leer, durante estos años, numerosas publicaciones sobre el Opus Dei, tanto aquéllas que informan casi únicamente so-

bre logros y méritos de la Institución, como aquéllas –parte de éstas de ex miembros– que se concentran en denunciar contradicciones, errores o injusticias atribuidas en su historia, principalmente a causa de su praxis y de su estilo de gobierno. Entre las primeras puedo señalar las siguientes: Berglar (1990), Bernal (1976), Fuenmayor y otros (1990), Serrano (1992), Vazquez de Prada (1984), West (1990). Y entre las segundas: a) De autores ex miembros: Armas (2002 y 2005), Azanza (2004), Moncada (1974 y 1987), Moreno (1976, 1978 y 1992), Tapia (1992), incluidos los múltiples escritos que, desde hace unos cinco años se publican semanalmente en la web www.opuslibros.org/nuevaweb; b) de autores ajenos a la institución: Albás (1992), Artigues (1968), Carandell (1975), Ynfante (1970) y Walsh (1990).

El lector informado podrá comprobar que mi testimonio se distancia en mayor o menor grado no sólo de las primeras –que presentan generalmente una interpretación idealizada de la institución–, sino también, en algún grado, de las segundas, cuando, al menos en algunos casos, caen, a mi juicio, en exageraciones, emocionalmente comprensibles, a causa de las experiencias dolorosas vividas por sus autores, en su propia trayectoria en la institución, o por compañeras o compañeros queridos. Respecto a algunas de estas publicaciones puede haber una parte de interpretaciones que no comparto. Hace más de treinta años, cuando recién desvinculado algunas personas me proponían escribir mi testimonio, les dije que veía más prudente dejar pasar los años, dada la falta de ecuanimidad, a mi juicio, de lo que se publicaba en España, tanto por parte de los panegiristas como por parte de los detractores, aunque con diferencias notables según los diversos autores. También dije que cuando escribiese una reflexión crítica me referiría tanto al Opus Dei como a sus críticos.

Cuando después de treinta y seis años he decidido romper mi silencio, no he querido, sin embargo, presentar un debate sobre mis discrepancias respecto a algunas de las críticas. En primer lugar, porque he llegado a la conclusión de que algunos de los errores o contradicciones de la institución se han agravado. Es decir, lo que hace treinta y seis años pude considerar como descalificaciones exageradas, hoy ya no lo percibo así. En segundo lugar, porque prefiero que el lector conocedor de publicaciones anteriores deduzca por sí mismo en qué contenidos me identifico y en cuáles me distancio respecto a ellas. De lo que sí me he ocupado con claridad –al principio del apartado que dedico al padre Escrivá– es a criticar la persecución que tuvo que padecer por injustas calumnias, principalmente entre los años 1930 y 1950.

4) Conviene también advertir sobre el significado de algunos términos propios de la jerga utilizada en el Opus Dei. Sus miembros, cuando se refieren a la institución, utilizan preferentemente

los términos “la Obra” y “en Casa”. Para indicar que un joven con el que han practicado su actividad proselitista ha decidido –o, más bien, aceptado– pedir la admisión en la Obra, dicen que “ha pitado”. “Pitajes” significa, por lo tanto, conjunto de resultados positivos tras un proselitismo. Sobre otros términos, las aclaraciones ya aparecen en el texto, por ejemplo: los tres tipos de miembros (“numerarios”, “agregados” y “supernumerarios”); la “labor de San Rafael” se refiere a actividades apostólicas y, sobre todo, proselitistas, con jóvenes (o adolescentes); y la “labor de San Gabriel” a la que conduce a posibles vocaciones de supernumerari@s

5) ¿Qué significan los párrafos incluidos al comienzo de algún capítulo a modo de instantáneas de vivencias emocionales? Buena parte de ellos son textos redactados por mi compañera Ana, que sabe captar y revelar mejor que yo lo que pasaba en mi interior, en experiencias de mi pasado, que yo le conté hace ya treinta años. Vienen a compensar, desde la inteligencia emocional de una mujer (generalmente con mayor potencia del hemisferio cerebral derecho que los hombres) la insuficiente revelación de mis emociones a lo largo de mi escrito.

6) Dado que el conjunto de todos estos capítulos viene a constituir unas memorias, vi conveniente, en la primera parte del libro, describir también las circunstancias, tanto familiares como históricas, en las que me encontré situado desde mi nacimiento, y que ciertamente pudieron influir en el posterior desarrollo de mi personalidad. Como dijo el filósofo Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mi circunstancia.” Antes de vincularme al Opus Dei, habían ocurrido acontecimientos de trágicas consecuencias en España y en mi familia. Probablemente mi aspiración prematura a llevar a cabo una vida en la que pudiese contribuir claramente en disminuir sufrimiento pudo surgir, al menos en parte, por la influencia de situaciones vividas en mi infancia, entre otras la muerte de mi padre por asesinato al comienzo de la guerra civil, el fusilamiento de un tío mío, y el profundo sufrimiento de mi madre al quedarse viuda a los veinticinco años, tras convivir apenas cuatro años con mi padre en una relación amorosa ideal y llena de grandes esperanzas.

Posteriormente, y por requisitos editoriales, este libro tuvo que reducirse en unas doscientas páginas. Para atender la demanda de la editorial, decidí suprimir principalmente los dos primeros capítulos, que versaban sobre esas circunstancias familiares y políticas durante los años de mi infancia. Su contenido ha quedado aquí concentrado en las cuatro primeras. Si algún lector tiene interés en conocer su contenido, puede pedirlo dirigiéndose al e-mail *ramonrosal@terra.es*, y se le enviará contra reembolso un fascículo encuadernado con ese contenido.